

# **Bajo el burka: experiencia, supervivencia y resistencia de las mujeres afganas durante el conflicto armado.**

**María Villellas Ariño\***

## **1. Introducción**

La aproximación más frecuente a la situación de las mujeres musulmanas en situación de conflicto armado no ha sido diferente al acercamiento que se ha hecho a la situación de las mujeres musulmanas en general, en casi cualquier contexto y situación. Las mujeres musulmanas son vistas y analizadas prácticamente siempre desde el prisma de la victimización, desde la perspectiva de que su situación es inevitablemente de discriminación y opresión, con muy escasa capacidad de incidencia en sus sociedades, y cuya capacidad de agencia independiente es considerada como una heroica excepción. Es decir, las mujeres musulmanas son casi siempre contempladas desde la mirada paternalista que no reconoce ni su condición de ciudadanas ni su autonomía personal. Esta contemplación se nutre de un imaginario que reduce la experiencia vital de la población musulmana a la religión únicamente, considerando al Islam como un paraguas que abarca a toda la población perteneciente a culturas islámicas sin tener en cuenta las diferencias étnicas, regionales, culturales, de clase o de género (Moghissi).

Uno de los ejemplos que mejor permiten ilustrar esta situación es el de las mujeres afganas. Ciudadanas de un país en conflicto armado desde 1979, con pocas excepciones, la imagen dominante que se ha ofrecido ante la opinión pública occidental de las mujeres afganas ha sido la de víctimas pasivas de la violencia, el conflicto armado y la represión política (Rostami Povey, 2003). Atrapadas por el burka, símbolo totalizador de su experiencia vital, las mujeres de Afganistán han evidenciado las terribles consecuencias del fanatismo misógino en su máxima expresión y de los discursos paternalistas de salvación elaborados por algunas elites occidentales. En palabras de Reigado,

“La configuración social de la otredad, que en este caso se configura a partir de dos ejes principalmente, la otredad cultural y la de sexo-género cobra especial relevancia en el imaginario simbólico del burka, construido a partir de una relación metonímica que toma la parte (de una cultura) por el todo (la totalidad de la misma), convirtiéndose así en uno de los

---

\* María Villellas Ariño trabaja como investigadora en la Escola de Cultura de Pau de la Universidad Autònoma de Barcelona.

Artículo publicado en: Apaolaza, C. y R. Martí (eds.) *Las mujeres en las sociedades de tradición musulmana, mitos y realidades*. Fundeso Euskadi y Diputación Foral de Bizkaia, 2007.

mecanismos principales utilizados para criminalizar a toda una sociedad a la vez que se reduce la compleja y difícil realidad de las mujeres afganas a un discurso basado en la sumisión, la victimización y el estigma social” (Reigado, 2005:3)

Este artículo pretende poner de manifiesto la complejidad de la realidad de las mujeres afganas a lo largo de varias décadas de conflicto armado, realidad que no puede ser únicamente contemplada desde el prisma de la sumisión y la opresión. A pesar de que la vida de las mujeres de Afganistán ha estado básicamente marcada por la exclusión, analizar su situación únicamente desde esta óptica no sólo implica ofrecer una visión incompleta, sino hacer un flaco favor a los intentos de las mujeres afganas de hacer valer sus derechos como ciudadanas. Así pues, con este objetivo, este artículo se ha estructurado en tres partes fundamentales además de esta introducción. En primer lugar, se presenta una breve aproximación histórica al conflicto armado de Afganistán, aproximación que pretende facilitar la contextualización de la situación de las mujeres afganas. En segundo lugar, se analiza más detenidamente cuál es esta situación desde una doble perspectiva: la de víctimas de un conflicto armado extendido durante décadas y de un régimen profundamente opresor; y la de personas capaces de desarrollar estrategias de supervivencia y resistencia activas frente a esta situación de discriminación extrema. En tercer lugar se aborda desde una perspectiva de género la intervención militar internacional en el país después del 11 de septiembre, especialmente en lo que se refiere a los discursos que se generaron para legitimar esta intervención argumentando una defensa de los derechos de las mujeres como uno de los motivos centrales. Finalmente, a modo de conclusión se esbozan unas breves reflexiones finales.

## **2. La historia reciente de Afganistán**

Hablar de Afganistán es hablar de un país devastado por décadas de violencia, conflicto armado y presencia militar extranjera. Desde la invasión soviética en 1979, Afganistán ha sido escenario prácticamente ininterrumpido de enfrentamientos armados, provocando uno de los mayores éxodos de población de las últimas décadas, forzando a millones de afganos y afganas a vivir en el exilio.

Tal vez resulte útil para un más fácil acercamiento a este país, la división en cuatro fases que acostumbra a hacerse a la hora de analizar la situación de conflicto (o conflictos) armado en que ha vivido el país a lo largo del siglo XX. Una primera etapa es la que tiene lugar hasta la invasión del país por las tropas soviéticas en 1979. El fin del régimen monárquico imperante en el país desde 1933 se produce por medio de un golpe de Estado en 1973 que abre las puertas a sucesivos gobiernos en la órbita de Moscú, en una época en la que Afganistán se convierte en

uno más de los escenarios calientes en los que transcurre la guerra fría. La invasión rusa del país marca el inicio de una guerra civil en la que las tropas afganas se enfrentan a las guerrillas anticomunistas, de ideología islamista fundamentalmente, conocidas comúnmente como muyahidines. Estas guerrillas reciben el apoyo de EEUU y Arabia Saudí y agrupan a combatientes que desde infinidad de países musulmanes se desplazan a Afganistán para participar en la resistencia anticomunista. En 1992, dos poderosos señores de la guerra, el tayiko Ahmed Shah Massoud, y el general uzbeko Abdul Rashid Dostum, crean la Alianza del Norte, que formará un gobierno tras el colapso del Gobierno que había quedado profundamente debilitado después de la retirada de las tropas soviéticas entre 1988 y 1989.

El tercer periodo relevante vendrá caracterizado por el surgimiento de los talibanes, antiguos muyahidines en su mayoría desencantados con la situación de caos que se instaura en el país cuando, tras el inicio del gobierno de la Alianza del Norte, el poder local queda en manos de diferentes señores de la guerra. La desaparición del enemigo común al retirarse las tropas rusas llevó a la división del movimiento muyahidin en facciones rivales, generando una situación de enorme fracturación que abrió las puertas al ascenso talibán. La consolidación del poder de los talibanes en 1997 lleva a la instauración de un régimen basado en una estricta interpretación de la sharia. La última fase de esta historia reciente de Afganistán se inicia con los bombardeos estadounidenses en octubre de 2001 tras los atentados del 11-S en Nueva York, el fin del régimen talibán y el inicio del Gobierno de Hamid Karzai, interino inicialmente y consolidado finalmente tras la celebración de elecciones en 2005. Las tropas internacionales de mantenimiento de la paz se desplegaron en enero de 2002, bajo mandato de Naciones Unidas y su control fue asumido por la OTAN en 2003. En estos años, el conflicto armado ha proseguido e incluso ha experimentado un recrudecimiento, y ha tenido un grave impacto sobre la población civil, que ha sido víctima directa de los ataques armados tanto de las milicias talibán, como de las fuerzas internacionales.

Moghadam (2002:20) señala que al menos en tres momentos históricos del siglo XX, la cuestión de los derechos de las mujeres y su espacio en la sociedad han sido centrales en los conflictos políticos que se han vivido en el país y han marcado la agenda política. Un primer momento en la década de los años 20, cuando los intentos de reforma por parte de nacionalistas y modernizadores y de mejora del estatus de la mujer en la sociedad afgana se encontraron con la firme oposición de sectores conservadores y religiosos. Un segundo momento en la década de los ochenta, con la guerra entre los sectores marxistas y conservadores, con agendas políticas muy diferentes sobre cuál debía ser el papel de la mujer en la sociedad. En tercer lugar, la década de los noventa, con la implantación del régimen talibán, en el que las normas de conducta para las mujeres y las restricciones a sus derechos fueron el elemento vertebrador de

su política. Se podría añadir que la intervención militar internacional liderada por EEUU tras los atentados del 11 de septiembre también ha estado impregnada de la dimensión de género, puesto que uno de los elementos de los que se sirvió inicialmente la coalición internacional y, muy especialmente el ejecutivo de George W. Bush, para legitimarla y justificarla, fue la necesidad de defender los derechos de las mujeres afganas, gravemente vulnerados por el régimen talibán.

### **3. La situación de las mujeres bajo el régimen talibán.**

#### **3.1. De víctimas...**

El régimen talibán estableció un sistema político completamente excluyente para las mujeres. Desde su aparición en escena en 1994 y su rápido ascenso al poder entre 1996 y 1997 (momento en el que controlaban aproximadamente el 90% del territorio) (Sullivan, 2007:103), los talibán gestaron y cimentaron su discurso en torno a unas líneas argumentales en las que los elementos de género jugaron un papel decisivo y se convirtieron en el elemento vertebrador de la política talibán. Se estableció una estricta división de los espacios público y privado, el primero prácticamente prohibido a las mujeres (cierre de escuelas femeninas, prohibición de aparición de las mujeres en público si no era acompañadas de un hombre guardián), y se impusieron rígidos códigos morales representados en la obligatoriedad de determinadas vestimentas y normas estéticas tanto para hombres como para mujeres (barbas y turbantes para los primeros, burka para las segundas). El hecho de que la estructuración del discurso talibán girara en torno a cuestiones de carácter moral, pone de manifiesto las carencias en términos políticos de este movimiento, puesto que más allá de la implementación estricta y particular de la *sharia*, no disponían de un programa político claro (Sullivan, 2007: 102).

Si desde el feminismo siempre se ha argumentado que las discriminaciones de género y la opresión de la mujer pueden ser claros indicadores de alerta sobre las deficiencias democráticas de cualquier sociedad (Caprioli, 2004), el caso de Afganistán sea tal vez el ejemplo que ofrece menos fisuras al respecto.

La exclusión de las mujeres durante el régimen talibán hunde sus raíces en la estructura social tradicional afgana, previa a esta época, y en las costumbres en lo que se refiere a la organización familiar, institución central en la sociedad afgana, profundamente patriarcales. Como señala Moghadam (2002:20),

“La familia extensa patriarcal es la unidad social central en la que el hombre más anciano tiene la autoridad sobre todos los demás, incluidos los hombres más jóvenes. Las mujeres

están sujetas a formas de control y subordinación que incluyen códigos de comportamiento restrictivos, segregación de género, y la asociación de la virtud femenina con el honor de la familia. Las novias jóvenes se casan con familias extensas, se ganan el respecto mediante sus hijos, y posteriormente en la vida adquieren poder como suegras.”<sup>1</sup>

Esta situación está especialmente presente en la cultura pashtún, que representa entre el 40 y el 45% de la población afgana (Sullivan, 2007:96), una cultura enormemente masculinizada en la que las mujeres son incluidas dentro de los “recursos” de los que dispone una comunidad, y en la que estos recursos (tierra, trabajo y mujeres) juegan un papel fundamental en el honor de esta comunidad (Moghadam, 2002:20). Cabe apuntar que los talibanes eran de procedencia étnica mayoritariamente pashtun.

Así pues, en el marco de una sociedad estructurada en torno a unos valores enormemente patriarcales, y en un contexto de más de una década de guerra, se generó un caldo de cultivo que fomentó la adhesión al movimiento talibán de numerosos jóvenes, canalizando de una manera violenta la frustración de un nutrido grupo de hombres generada por la situación de caos, pobreza y destrucción que el conflicto armado había dejado<sup>2</sup>. En el ascenso de los talibanes en un contexto como éste jugó un papel fundamental la existencia de escuelas islámicas, madrasas, desde las que se fomentó una determinada visión religiosa y un discurso político. Durante los años de invasión soviética estas escuelas coránicas fueron la única fuente de educación para numerosos jóvenes, muchos de ellos refugiados en el vecino Pakistán. Como señala Dorronsoro, la experiencia central compartida por los talibanes fue la educación recibida durante la década de los ochenta en las madrasas de Pakistán (Dorronsoro, 2005 en Sullivan, 2007:98). Así pues, la movilización de una ideología religiosa extremista, en un contexto de costumbres patriarcales profundamente arraigadas y de enorme frustración social explica que la caída del gobierno pro-soviético diera lugar a la instauración de un régimen fundamentalista.

La opresión de las mujeres afganas se caracterizó fundamentalmente por su exclusión del espacio público. Una exclusión no sólo en términos simbólicos, vetándoles su participación activa en este espacio, sino también una exclusión de carácter físico que les impedía la presencia en las calles y que las confinaba al encierro en sus hogares y a la imposibilidad de acceder al espacio público si no era bajo la tutela de un hombre.

---

<sup>1</sup> La traducción de esta cita es de la autora de este artículo

<sup>2</sup> En 1993 Afganistán tenía la esperanza de vida más baja del mundo – 42 años-, la segunda tasa de mortalidad infantil más alta del mundo – 300 muertes por cada 10.000 nacimientos vivos- y la mayor cantidad de población refugiada del mundo, con más de seis millones de personas viviendo fuera del país (Sullivan, 2007:97).

Como se señaló antes, la política talibán definió sus ejes básicos a partir de un discurso en el que se institucionalizaba la exclusión de las mujeres. Las primeras medidas adoptadas por el régimen talibán (que ante la presión internacional hubieron de flexibilizarse posteriormente) consistieron en la privación a las mujeres de los servicios básicos: educación, salud, empleo. Tras la toma de Kabul por parte de los talibanes, se aprobaron una serie de decretos en los que se imponía serias restricciones a la libertad de movimiento, asociación y participación en la vida pública de las mujeres, al tiempo que se prohibía la escolarización de las niñas, y se restringían casi totalmente las posibilidades de empleo de las mujeres. Además, la provisión de servicios sanitarios a las mujeres quedó prohibida si éstas no eran atendidas por mujeres, cuyo acceso al empleo en el sector sanitario también fue enormemente restringido (Coomaraswamy, 2000:9). A las profesoras afganas se les prohibió ejercer su trabajo, y cuando tras pasado un tiempo, el régimen talibán consintió a que las niñas pudieran acceder a la educación primaria, ésta quedó en manos de escuelas religiosas, donde la formación no religiosa apenas estaba presente en el currículo académico. La aceptación por parte de los talibanes a un mínimo grado de escolarización de las niñas obedeció a su interés por incrementar su grado de aceptación internacional, ya que las presiones internacionales para que se produjera una mejora en la situación de los derechos humanos de las mujeres habían sido continuadas.

Numerosos informes de Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales recogieron la situación de las mujeres en Afganistán durante el dominio talibán. Casi todos coinciden en señalar la restricción de movimientos a la que se vieron sometidas las mujeres durante esta época como una de las más serias violaciones de los derechos humanos, y con gravísimas repercusiones sobre otros ámbitos fundamentales para el desarrollo personal en condiciones de dignidad. El régimen talibán estableció varias condiciones para que las mujeres pudieran abandonar sus casas. En primer lugar, debían ser siempre acompañadas por algún pariente varón. En segundo lugar, estaba prohibido mostrarse en público sin el burka. Además, no podían deambular por la calle, sino que siempre debían dirigirse a alguna destinación en concreto. Si alguna de estas condiciones era incumplida podían ser interrogadas y golpeadas por la policía religiosa (Coomaraswamy, 2000).

Así pues, la situación de las mujeres, en un contexto de conflicto armado sumado a unas condiciones sociales, económicas y políticas profundamente opresoras, era sumamente grave, en un marco de continuas violaciones de sus derechos fundamentales y de privación de todas las necesidades básicas de subsistencia<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> La organización de mujeres RAWA ofrece un listado exhaustivo de todas las restricciones a las que las mujeres afganas se vieron sometidas durante los años de dominio talibán. Además de las ya mencionadas en los ámbitos sanitario, educativo y laboral, se podrían mencionar otras como la obligatoriedad de que

Cabe añadir que la situación de las mujeres en los años previos a la instauración del régimen talibán había sido de cierto avance, y sobre todo de acceso a la educación formal incluso en el nivel universitario. Es decir, que existía un nutrido grupo de mujeres profesionales, formadas, con expectativas de desarrollo personal en el ámbito laboral, expectativas que se vieron totalmente frustradas, generando serios problemas de salud mental en las mujeres afganas puesto que las condiciones cotidianas de vida del conjunto de la población femenina eran de carácter carcelario.

Algunas cifras de Naciones Unidas sobre la situación de las mujeres bajo el dominio talibán permiten ilustrar y visualizar estas condiciones de vida. El analfabetismo femenino llegó a ser del 87% en las zonas urbanas y del 97% en las zonas rurales. La esperanza de vida de las mujeres era de 46 años a principios del año 2001. La mortalidad materna era la segunda más alta del mundo con 1.700 muertes por cada 100.000 nacimientos vivos y sólo el 12% de las mujeres tenían acceso a algún servicio de salud, aunque fuera de carácter elemental. Como consecuencia de esta situación, 15.000 mujeres morían anualmente en el país por alguna causa relacionada con el embarazo. En último término, la guerra dejó aproximadamente dos millones de viudas viviendo en el país, que constituían las únicas fuentes de sostenimiento familiar, en un contexto en el que las mujeres que no estuvieran acompañadas por un hombre tenían completamente vetado el acceso al mundo laboral e incluso al espacio público.<sup>4</sup>

### **3.2. ... a resistentes.**

Si bien la política de supresión total de los derechos de ciudadanía de las mujeres afganas limitaba completamente su presencia en el ámbito público de manera abierta, la realidad de las mujeres durante los años del régimen talibán fue mucho más compleja. Grupos de mujeres afganas se organizaron a través de estrategias de género de supervivencia, proceso que sirvió a su vez para alcanzar una mayor conciencia sobre su situación (Rostami Povey, 2003:172).

Algunas mujeres crearon redes clandestinas de solidaridad que permitieron la supervivencia de las mujeres en condiciones de mayor pobreza y exclusión. Muchas mujeres afganas, algunas de ellas profesionales formadas, decidieron quedarse en el país y trabajar por mejorar las

---

los cristales de las casas estuvieran pintados para que las mujeres no fueran vistas desde el exterior, la prohibición de utilizar zapatos cuyos tacones hiciesen ruido, la prohibición de hablar en voz alta o utilizar cosméticos, la prohibición de acercarse a los balcones o ventanas, entre otras muchas restricciones. La violación de cualquiera de estas exigencias conllevaba castigos físicos desde el apedreamiento hasta la mutilación.

<sup>4</sup> Estas cifras fueron recogidas en el informe del Secretario General de la ONU sobre la situación de las mujeres en Afganistán, presentado ante la Comisión sobre la Condición Jurídica y Social de la Mujer en marzo de 2001. E/CN.6/2001/2/Add.1.

condiciones de vida de las afganas. Otras lo hicieron desde los campos de refugiados en el vecino Pakistán, donde residían millones de compatriotas huidos de la barbarie de la guerra. Estas organizaciones no sólo permitieron a las mujeres afganas desarrollar estrategias de supervivencia y empoderamiento, sino que tuvieron un impacto sobre la vida de las comunidades. Además, como señala Rostami Povey, las organizaciones y redes secretas de mujeres fueron las únicas organizaciones que recibieron la confianza de estas comunidades (2003:179).

Tal vez sean las escuelas clandestinas organizadas por mujeres las que mejor evidencian el trabajo de empoderamiento llevado a cabo por las mujeres afganas. Durante el régimen talibán muchas mujeres crearon escuelas en sus propias casas a las que asistían decenas de alumnos (en algunas de estas escuelas llegaron a participar entre 100 y 800 personas en diferentes momentos) en las que se alfabetizaba, pero también se impartían asignaturas como biología, química, inglés, árabe, entre otras (Rostami Povey, 2003:180).

A pesar del intento de sometimiento total anclado en la particular interpretación que de la ley islámica hicieron los talibanes, algunas mujeres afganas lograron resistir estas imposiciones,

“Pequeños grupos de mujeres resilientes impartieron clases en sus casas a las niñas, trataron de obtener trabajos con las organizaciones humanitarias internacionales en el país, organizaron proyectos de generación de ingresos para otras mujeres, o viajaron a Peshawar para contactar con mujeres activistas. Estas mujeres llevaron a cabo estas actividades con tremendo riesgo para ellas y sus familias; los talibanes adoptaron una postura tan extrema en la domesticidad de las mujeres y su relegación a la esfera privada que consideraban cualquier infracción a su política sobre el papel de las mujeres equivalente a la traición o la apostasía”<sup>5</sup> (Moghadam, 2002:26)

La resistencia de las mujeres afganas fue en muchos casos una mera estrategia de supervivencia frente a la imposibilidad de cualquier desarrollo personal en un contexto de opresión total y absoluta. También fue la respuesta de muchas mujeres que representaban la única posibilidad de sostenimiento de sus familias, al haber quedado viudas como consecuencia de los años de guerra.

En otros casos, la resistencia respondía a una conciencia de género y democrática adquirida por mujeres que habían tenido acceso al mundo educativo y profesional, especialmente en el mundo urbano. Estas mujeres vieron truncadas todas sus aspiraciones de ciudadanía con el

---

<sup>5</sup> La traducción de esta cita es de la autora de este artículo



advenimiento del fanatismo religioso misógino como forma de organización estatal. Algunos grupos de mujeres organizaron su resistencia desde discursos en los que la ideología feminista y las aspiraciones a un Estado secular estaban muy presentes. RAWA (*Revolutionary Association of the Women of Afghanistan*) es tal vez la más emblemática de éstas, y una de las pocas que se reconoce como feminista. Al ser preguntadas sobre cuál es su visión del feminismo afirman,

“Conocemos el feminismo occidental, pero la base de nuestras ideas surge de lo más elemental, de nuestra experiencia y de la represión sufrida. Tras décadas de ser aplastadas a todos los niveles, exigir igualdad y derechos básicos surge como algo natural. Además, hay una diferencia importante: mientras en Occidente las mujeres luchan por el derecho al divorcio o por igualdad de salarios, nosotras luchamos por poder salir de casa; mientras las mujeres de Occidente exigen representantes femeninas en los parlamentos, nosotras luchamos por cosas tan elementales como poder salir de casa solas o que nuestra vida deje de estar en peligro si accidentalmente se nos ve un brazo bajo el burka.”<sup>6</sup>

Son bastantes las experiencias de mujeres que clandestinamente continuaron trabajando a favor de los derechos de las mujeres durante el régimen talibán. Por ejemplo la *Women's Association of Afghanistan*, que organizó talleres clandestinos de costura y artesanía, la *National Union of Women of Afghanistan* (Rostami Povey, 2003: 177, 180) o la organización *Humanitarian Assistance for the Women and Children of Afghanistan*.

#### **4. El discurso de género en la intervención occidental en Afganistán.**

Como se señaló al inicio del artículo, la dimensión de género ha articulado el debate político, o al menos ha jugado un papel relevante, en momentos determinantes de la historia reciente de Afganistán. Esta intersección entre la dimensión de género y la agenda política no sólo ha tenido un carácter interno, sino que la intervención extranjera en el país (que desgraciadamente tampoco ha sido excepcional) también se ha articulado en torno a una determinado discurso de género.

Algunas autoras han sugerido que tras acontecimientos como el 11-S, que han marcado la reciente consolidación de la cuestión de la inseguridad global como central en la agenda de las relaciones internacionales en los primeros años del siglo XXI, los estereotipos de género se han acentuado y devenido centrales en las propias relaciones internacionales. Así, las imágenes mostradas en Occidente sobre el mundo islámico y viceversa, imágenes orientadas a consolidar

---

<sup>6</sup> Entrevista a Marina Kamal, integrante de RAWA, publicada en la página web de la organización <http://www.rawa.org>

la visión de la otra parte del mundo como fuente de inseguridad, se han regido por patrones sexistas: las mujeres del mundo islámico aparecen como víctimas indefensas y pasivas que se constituyen en objeto de protección para las democracias liberales occidentales. Por su parte, las mujeres occidentales aparecen ante el mundo islámico como el símbolo de la depravación moral a la que podría llegar el mundo islámico de resultar exitosos los procesos de occidentalización. A su vez, los estereotipos no sólo se refuerzan en un sentido, sino que afectan a toda la población, hombres y mujeres. Así, miles de hombres jóvenes árabes fueron detenidos en EEUU tras los atentados del 11-S únicamente por su pertenencia a este grupo demográfico, continuamente bajo sospecha aun sin disponer de pruebas sobre la vinculación de estas personas con los hechos ocurridos.

Como ha señalado A. Tickner (2002), la prevalencia de las imágenes de género que se están utilizando en el contexto internacional del post 11-S para amenazar o deslegitimar al enemigo parecen más centrales de lo que lo han sido en anteriores conflictos armados. Otras autoras han puesto el énfasis en cómo detrás de la militarización de la política exterior de países como EEUU se encuentra una ideología patriarcal que promueve la pervivencia de una política masculinizada (Enloe, 2000; 2006). Esta situación vendría ilustrada por un fenómeno que de manera creciente está caracterizando la política de este país: la cada vez mayor presencia de políticos que anteriormente han sido militares y han desempeñado cargos de importancia en las FFAA, y cómo la experiencia en el campo militar se iguala al liderazgo político. Por otra parte, hay que señalar que esta militarización de la política estadounidense ha venido acompañada de políticas regresivas en lo que respecta a los derechos de las mujeres (especialmente en el ámbito de los derechos sexuales y reproductivos) así como de la pérdida progresiva de importancia de políticas encaminadas al logro de la seguridad humana, como las políticas educativas, sociales y sanitarias, entre otras, en la agenda política.

La intervención militar internacional en Afganistán tras el 11 de septiembre, liderada por EEUU, buscó su legitimación, más allá de los discursos de lucha global contra el terrorismo, en la afirmación de que el objetivo último era la salvaguarda de los derechos humanos en el país, y muy especialmente de los derechos de las mujeres afganas, víctimas del fanatismo talibán y condenadas al burka. Desde el Ejecutivo estadounidense se esgrimieron en varias ocasiones referencias a la defensa de los derechos de las mujeres para justificar la invasión del país en el año 2001. Así, en enero de 2002, en el discurso sobre el estado de la Unión, el Presidente G. W. Bush afirmó “Hoy las mujeres de Afganistán son libres”. Conocido es también el discurso de su esposa Laura Bush, en noviembre de 2001 en el que pide apoyo al pueblo estadounidense para

liberar a las mujeres afganas de la opresión talibán.<sup>7</sup> La candidata republicana al Congreso de EEUU Diane Tabeilus escribía tras haber participado como observadora electoral durante las elecciones afganas de 2005:

“Las mujeres que venden mercancías en las calles de Kabul pueden ahora caminar libremente y sin temor a ser golpeadas si no están cubiertas de los pies a la cabeza. Las mujeres que fueron una vez prisioneras en sus propios hogares porque era contra la ley que fueran vistas en público sin un hombre, ahora llevan a sus hijas al colegio alegremente” (Tabeilus, 2005)

Sin embargo, y a pesar de un incipiente proceso de democratización iniciado en el país tras la caída del régimen talibán, la situación de las mujeres afganas seis años después del inicio de la intervención armada internacional, dista mucho de ser de libertad y democracia.

La Alianza del Norte, heredera de un sector muyahidin implicado en la resistencia antisoviética, y apoyada por diferentes administraciones estadounidenses y occidentales, no se ha erigido a lo largo de la historia precisamente como un garante de los derechos de las mujeres. Señores de la guerra integrantes de la Alianza del Norte han sido acusados de cometer graves violaciones de los derechos humanos de la población civil o de haber llevado a cabo actos de violencia sexual (Delphy, 2002) en el transcurso del conflicto armado desde la invasión soviética. Tras el fin del gobierno talibán, persisten gravísimas violaciones de los derechos humanos de las mujeres, dificultades a su escolarización, imposición de códigos de vestimenta, violencia doméstica, discriminación jurídica, y un sinnúmero de atropellos a su libertad individual. Además, varias mujeres con destacadas posiciones públicas, sobre todo periodistas, han sido asesinadas, después de haber sufrido graves amenazas con la intención de coartar su participación social.<sup>8</sup>

Así pues, el discurso de género que pretendió justificar la intervención militar en un país ya desolado por décadas de conflicto armado y fanatismo, parece haber perdido fuerza en la etapa posterior. La imagen de algunas mujeres caminando por las calles de Kabul con la cara descubierta ha sido presentada como el nuevo símbolo de un Afganistán democrático y parece representar la realidad de todas las afganas. Sin embargo, esta realidad dista mucho de tener algo que ver con esta nueva imagen totalizadora de la experiencia de estas mujeres. Como señala Reigado (2005) al hablar de las mujeres árabes,

---

<sup>7</sup> Puede accederse al texto completo del discurso a través de:  
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/11/20011117.html>

<sup>8</sup> En el mes de junio de 2007 las periodistas Zakia Zaki y Shokiba Sanga fueron asesinadas. Zakia Zaki había fundado la primera radio comunitaria enteramente gestionada por mujeres y Shokiba Sanga trabajaba en una cadena privada de televisión.

“[...] la vestimenta y el cuerpo de la mujer como elementos fundamentales en el mantenimiento del orden social, lo que explica que hayan pasado a ocupar el centro de muchos de los conflictos ideológicos y culturales que se han desarrollado en el contexto postcolonial. La permanente asociación de las mujeres afganas con el burka, olvidando con ello otras dimensiones de sus vidas como aquellas relacionadas con la lucha política, la reconstrucción de sus países tras la agresiones militares y el mantenimiento de la familia, refleja esa importancia del cuerpo sexuado como portador y marcador de diferencias: observamos pues, como la mirada masculina, la de la cámara, los periodistas, los soldados, los representantes políticos y jefes de Estado, una mirada que lejos de ser neutral se posiciona, selecciona e interpreta, convierte a las mujeres en cuerpos-objetos “diferentes” al sujeto dominante y, por tanto, no marcado, el hombre blanco occidental y de clase media”

Esta nueva imagen, en la que prima la ausencia del burka por encima de otras consideraciones, oculta o cuando menos disfraza el hecho de que las mujeres afganas siguen sufriendo la violencia de género en proporciones desmesuradas, que no gozan de plena libertad de movimientos o que deben hacer frente a numerosos obstáculos para acceder a la escolarización o la sanidad. Las condiciones de vida en muchos casos apenas difieren de las sufridas bajo el dominio talibán, puesto que la ideología en términos de género apenas ha cambiado en estos años.

## **5. Reflexiones finales.**

La situación de las mujeres de Afganistán ha sido objeto de preocupación de la opinión pública internacional, y muy especialmente de las organizaciones feministas y de defensa de los derechos humanos después de que saltara a la luz las inhumanas condiciones de vida de éstas bajo el régimen talibán, un régimen profundamente misógino y opresor que condenó a las mujeres del país a la desaparición como ciudadanas.

A pesar de esta preocupación, la aproximación que a su situación se ha hecho desde numerosos ámbitos (medios de comunicación, gobiernos, organizaciones internacionales) ha sido una aproximación imbuida de numerosos prejuicios de género, que al igual que sucede con las mujeres de otros contextos musulmanes, ha reducido la experiencia vital de estas mujeres a la de la sumisión y la pasividad.

Adoptar la perspectiva y el discurso de género de manera utilitarista e interesada, como ocurrió para legitimar una intervención militar en el país, pero sin intención de un compromiso a largo plazo con la mejora de la situación de las mujeres en Afganistán, tampoco puede ser el camino.

En cambio, es necesario un esfuerzo para comprender la complejidad de la realidad de las mujeres afganas y de las mujeres musulmanas en general, especialmente la de aquellas que viven en contextos de conflictos armados. Este esfuerzo permitiría un mayor reconocimiento a los ingentes esfuerzos que muchas mujeres están llevando a cabo en contextos profundamente hostiles a la emancipación femenina. Considerar la experiencia de todas las mujeres musulmanas únicamente desde la perspectiva de la sumisión y la opresión implica la adopción de una mirada paternalista que en poco contribuye al empoderamiento y emancipación de estas mujeres que con tanto esfuerzo fueron sostén del escaso tejido social que sobrevivió al fanatismo talibán. Sólo desde el reconocimiento de las mujeres como ciudadanas de pleno derecho con demandas propias y propuestas y aportaciones válidas para el desarrollo social se podrá incidir en las estructuras patriarcales que perpetúan la discriminación y la exclusión.

## Bibliografía

AMIRI, R., S. HUNT Y J. SOVA (2004), "Transition within tradition: Women's participation in restoring Afghanistan" en *Sex Roles*, Vol. 51 5/6, September.

DELPHY, C. (2002), "Une guerre pour les femmes?" en *Le Monde Diplomatique*, marzo.

ENLOE, C. (2006), "Macho, macho militarism" en *The Nation*, marzo.

— (2000), "Masculinity as a Foreign Policy Issue" en *Foreign Policy in Focus*, Vol.5, No. 36,

JACINTO, L. (2006), "Abandoning the wardrobe and reclaiming religion in the discourse on Afghan Women's Islamic Rights" en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, Vol. 32, Nº 1.

MOGHADAM, V. (2002), "Patriarchy, the taleban, and politics of public space in Afghanistan" en *Women's Studies Forum*, Vol. 25, Nº 1.

MOGHISSI, H., *Women, war and fundamentalism in the Middle East*, Social Science Research Council on-line collection en <http://www.ssrc.org/sept11/essays/moghissi.htm>

OLAIZOLA REIGADA, A. (2005), "Usos y abusos de los discursos de género en los contextos bélicos: una aproximación feminista a la representación de las mujeres afganas en los medios de comunicación" en *Escritoras y escrituras*, nº1.

ROSTAMI POVEY, E. (2003), "Women in Afghanistan: passive victims of the borga or active social participants" en *Development in Practice*, 13 (2&3).

SULLIVAN, D. (2007), "Tinder, Spark, Oxygen and Fuel: The mysterious rise of the Taliban" en *Journal of Peace Research*, Vol. 44, nº 1.

TABELIUS, D. (2005), "El milagro de Afganistán" en *The Seattle Times*, 04/10/2005

TICKNER, A. (2002), "Feminist Perspectives on 9/11" en *International Studies Perspectives*, 3.